

nia á este de huésped en su casa; que se lo procuró un conocido, por haberse visto obligada á apelar á este recurso: que la pagaba regularmente una peseta diaria; que una mañana salió el Angel temprano de su casa á pié y no volvió hasta dos ó tres dias despues á las nueve, con unas alforjas y sin decirle nada se acostó. Que á la mañana siguiente, como á cosa de las siete, estando el Angel en la cama, se presentó un hombre cuyo nombre ignoraba, moreno, de estatura regular, de edad como de cuarenta años [y delgado, se entró en la alcoba del Angel y habló con él en silencio y á poco se marchó: dicho hombre fue con un muchacho rubio de unos diez y siete años, con el cual salió á la calle el Angel: que este faltó de su casa al otro dia de San Isidro, y al siguiente por la noche, fué un hombre del cuartel de salvaguardias á avisar á la declarante que llevase la comida á dicho cuartel, donde aquel se hallaba preso.

En el dia 20 de mayo, participó al juez de la causa el alcaide de la cárcel, que el procesado Congosto le habia manifestado, deseaba prestar nueva declaracion por ser falsa la dada anteriormente, y saber los hechos que habia negado, aunque estaba inocente por ignorar el objeto con que se efectuaron.

En su consecuencia, el juez recibió declaracion de nuevo á Angel Congosto en 29 de mayo, quien dijo: que el sábado 27 de abril salió muy de madrugada de su casa y se marchó hácia Hortaleza, manifestándole á su patrona y novia Catalina Fernandez que iba á traer un poco género de contrabando, que es en lo que se ocupaba y ganaba su vida. Salió solo por la puerta de Alcalá y tomó una vereda que atraviesa por el camino de Hortaleza y va á salir á unas cambronerías que hay á las afueras de este pueblo, y como por este sitio rodeaba bastante para llegar á Hortaleza y tenia que esperar por el género que le traia su compañero Donato de la Vega, caminaba despacio, y á cosa de las siete encontró á dos hombres que estaban hablando, el uno de ellos llamado Jaime que solia frecuentar la taberna del callejon que hay junto y frente á la casa de las diligencias y que comia en una casa un poco mas arriba, y el otro era de estatura baja con levita y pantalon encarnado y sombrero de copa alta, el cual echó á correr apenas vió al declarante, en direccion á Hortaleza. El Jaime que iba con capa, y sombrero chambergo, se dirigió al declarante y le preguntó á dónde iba, á lo que contestó que por un poco de género.—Otra cosa vas á hacer que te valdrá mas, replicó el Jaime. Vas á llevar unos niños en compañía de aquel hombre; y al decir esto señaló á un viejo de patillas largas y canosas, á quien el declarante conocia por el tio Antonio, pero con quien no trataba particularmente. Tanto este como el Jaime tenian un caballo de las riendas, el uno de color castaño y el otro tordo rodado.

El declarante manifestó que no tenia caballo para llevar á nadie, á lo que contestó el Jaime.—Por caballo no te apures que llevarás este, designando al que él tenia, manifestándole en seguida que los niños los iban á llevar á donde estaban sus padres cazando. Entonces el declarante montó en el caballo tordo rodado y se fué hácia donde estaba el tio Antonio. A

poco de esto se apareció el de los pantalones encarnados que venia con los dos niños que le reconocieron en la rueda de presos y montándolos uno en cada caballo, dijo al tio Antonio.—Ande usted, que nosotros les atajaremos. Pusiéronse en marcha por un camino que creia se llama de Francia, y volviendo el declarante una ó dos veces la cabeza, observó que venian detrás de él el de los pantalones encarnados y el Jaime, y cuando ya habian andado una ó dos leguas, volvió otra vez la cabeza y como no advirtiese venir á nadie, dijo al tio Antonio.—Parece que no vienen, á lo que este contestó.—Anda, que ya vendrán. Siguiéronse adelante y á poco de pasar por una venta, cuyo nombre ignoraba, sin parar en ella, salieron del camino y se dirigieron á un montecillo que hay á la izquierda, internándose por él, en un sitio desconocido para el declarante por no haber estado nunca allí. A poco rato encontraron á uno que parecia guarda con una escopeta, á quien preguntó si habia encontrado unos cazadores, y contestándole que no habia visto á nadie, siguiéronse por medio del monte y pararon á comer con los niños, queso, salchichon y pan y una poca carne asada, vino y aguardiente. Terminada la comida siguiéronse su camino, y por la noche se pararon á dormir en unas peñas junto á un arroyo: por lo cual y como hacia frio, se acostó el declarante con los niños, arropándolos con las mantas. El declarante preguntó varias veces al tio Antonio donde estaban los cazadores, á lo que aquel le contestó con malos modos que callase. Asi pasaron la noche, y á cosa de las dos ó tres de la mañana volvieron á caminar, habiéndoles despertado el viejo que quedó cuidando los caballos y siguiendo su camino á cosa de las seis ó las siete de la mañana, encontraron en un collado á un pastorcito que despues oyó llamar Juan Nogales, á quien el viejo Antonio preguntó por otro pastor á quien pidió le dieran un cabrito, pero el pastor dijo que no podia dárselo porque iba á llevar unos requesones y el ganado se hallaba en unos cerros altos, pero les ofreció la asadura de una res que decia habian muerto los lobos y la llevaba adelante su muchacho. El tio Antonio le dió una bota para que les trajera vino y unos cigarros, entregándole dos pesetas. Marchóse con esto el pastor, y ellos se encaminaron á su choza que estaba en un llano poco mas abajo, y allí desaparejaron los caballos, los pusieron á pacer, y á poco se presentó el pastorcito sobrino del otro con la asadura que frió y se la comieron, comiendo tambien los niños con quienes se puso á jugar el pastorcito. A poco rato y cosa de las diez se presentaron los dos hombres que habian reconocido al declarante en la rueda de presos, á quienes preguntaron que á dónde iban, y ellos contestaron que á recorrer el monte y guardarlo. Les dieron de beber y comer un poco queso y se marcharon. Entonces el viejo se principió á esplicar con el declarante diciendo.—Nosotros no venimos á buscar al padre de estos niños, sino que han ideado esto unos amigos para sacarle dinero, y en ello está metido un mayordomo del señor Gaviria, que es el padre de los dos niños, y es preciso que escribamos una carta; para sacar los niños han escrito un papel para los